

ramando luz sobre las tinieblas de sus miserias, y esparciendo vida sobre la muerte de sus extravíos, para hacerla brillar pura como su principio, y vivir tranquila y dichosa su vida eterna y perdurable.

Fijaos, si no, por un momento, mis hermanos, en ese mismo hecho admirable de unidad que acabamos de considerar en el *Sacrificio*: ni las distancias, ni los climas, ni las latitudes, ni los hábitos, ni las afecciones, ni las costumbres, ni los odios, ni las razas, ni las divisiones, nada, absolutamente nada, puede romper esa unidad de corazón y de alma, reflejada en los tiempos y en los fieles de la primitiva Iglesia y de que nos hacen mención los Libros Santos: ¿no aspira la ciencia de nuestros días al establecimiento de un idioma universal? pues ahí le tiene: todos los que se alimentan de ese Sacramento instituido para todos y por todos, hablan un mismo idioma, aunque procedan de diversas naciones, como la Iglesia, llave y lazo de esa unidad, y dispensadora de ese Sacramento, habla en su culto un sólo idioma, para significar que va siempre delante, y á la cabeza de la humanidad en esas nobles é incansables aspiraciones, que tienen por objeto realizar en lo posible, en su seno, la dichosa edad de oro vaticinada por los Profetas, y ardientemente suspirada por el Hijo de Dios sobre la Santa Mesa Eucarística.

Descendamos aún más todavía: ¿no veis, señores, la falta esencial, primitiva y absoluta de unidad y de paz en las sectas separadas del común centro católico? ¿sabéis á qué es debido? pues, aparte de los deletéreos y absurdos principios de la interpretación privada de la Santa Escritura, del desprecio de la tradición, y de la rebeldía constante contra el Pontificado y la Iglesia, no puede negarse que falta en ellas un *Sacramento*, un *sello*, una clave y un lazo misterioso que uniforme su doctrina, que unifique sus leyes, que conserve su moral: vacíos y desiertos sus templos, solitarios como los sepulcros de Memphis, por la ausencia de ese adorable Sacramento, entregados sus prosélitos á una eterna, fría, y hasta escandalosa

discusión en presencia de una cruz despojada de su dulce fruto, los hijos desdichados de la Reforma, divididos desde su nacimiento, jamás podrán establecer la unidad, la paz, el principio de autoridad, bases sólidas de la moral en toda sociedad ó institución que de serlo así se precie: las pasiones, en su aspecto más frecuente y repugnante, ejercerán tiránicamente allí su imperio: y aquella tierra estará siempre desnuda y vacía, y las tinieblas se erguirán, densas y espantables sobre la haz de ese abismo, como sucedía en el caos, antes de ser alumbrado por la luz primitiva de la creación.

Y aun en el seno de las sociedades que todavía se llaman católicas, en el seno de la humanidad que dicen progresa, ¿qué sucede? ¿puede buscarse, y realizarse, en el mito absurdo de la *moral universal*, la base íntima para la luz y la vida de las sociedades modernas? no, y mil veces no; bien lo comprendéis, señores: la apellidada moral universal, en resumen, no es más que una moral harto particular, forjada por el capricho de cada hombre, y puesta al servicio de sus intereses y de sus pasiones: la verdadera y única moral universal, si puede denominarse así, sólo existe en el seno de la moral cristiana, que, como habéis visto, encierra el maravilloso secreto de la unidad que tanto persiguen nuestros sabios: sólo existe en el seno de la Iglesia Católica: sólo existe en la creencia en un Dios, que legisla para todos, porque todos, absolutamente todos los hombres son iguales ante su divino y terrible acatamiento: que ha sabido poner en el fondo del corazón de cada criatura suya una ley secreta, ineludible, severa, que es la conciencia: y que aun para precaver sus extravíos y aberraciones, ha establecido la ley, participación de la que Él mismo estableció en la eternidad, según la inefable expresión del Angel de las Escuelas, y de la cual se deriva toda ley, natural, positiva, civil y eclesiástica: he aquí la moral ennoblecida y perfeccionada por el Sacramento augusto que tenemos presente, única moral que es de hecho y de derecho, luz y vida para los hombres.

¿De dónde proviene, si no, ese relajamiento moral que tan

espantosa subida obtiene en nuestra época? ¿de dónde la falta de caracteres, de virtudes, de fe probada y de conciencia recta? los preceptos divinos y humanos violados, el principio de autoridad desconocido, la ilegalidad y el fraude consagrados, la inmoralidad triunfante, la virtud avergonzada y como desfallecida: el interés ó el goce, únicos móviles del corazón y de la mente; á lo sumo, y aun en los que alardean de católicos, y se constituyen en censores de la Iglesia, y en maestros de fe y costumbres, una mezcla híbrida y repugnante de catolicismo y materialismo, un catolicismo á voluntad, para el uso privado, y según las opiniones particulares de cada individuo en materia de religión: la sociedad, en fin, sin salvación, porque si es cierto el dicho de Tertuliano, *Salvus sum si non confundar de Domino meo; seré salvo, si no me avergüenzo de mi Señor*, la sociedad presente que tiene especial cuidado en ocultar la poca fe que le resta, se halla cada día y cada momento más al borde del abismo; ¿y todo por qué? os lo diré con un Profeta: *porque la mesa del Señor está despreciada*: y mejor con el Salmista Rey: *Mi corazón se ha secado como el heno, porque me he olvidado de comer mi pan*: y no juntando mi carne, diré yo ahora, con la carne del Hijo de Dios, y no uniendo mi vida á su vida, y mis escasos destellos á su luz, no puedo tener ni luz, ni vida, ni pureza, ni valor, ni dignidad, ni nada grande, elevado y sublime; y esclavo de mis apetitos viciados, y de mis sublevadas pasiones, me veré precisado, más de una vez, á clamar con San Pablo: *Hombre infeliz, ¿quién te librará de este cuerpo de muerte?*

La gracia, contesta inmediatamente, sin vacilar, el que fué pródigo y ejemplo de ella: la gracia de Dios por medio de Jesucristo. Y bien, diré yo con el sagrado texto: *¿por ventura no existe ya resina en Galaad, ó ya no hay aquí médico?* ¿dónde están aquellos prodigios de fortaleza en los Mártires, aquellos pasmos de elocuencia en los Doctores, aquellos milagros de continencia en las Vírgenes, aquella fe probada en los Confesores, aquella virtud, en fin, sobresaliente, en todos los

estados de la vida social, en los primeros tiempos del cristianismo? ¿dónde se fué el pan de Gedéon, de Elías y de David, que en expresión de San Juan Crisóstomo es mesa escogida, de la que se apartan los fieles irguiendo su cabeza á uno y otro lado, con santa y noble altivez, terribles y formidables en frente del príncipe de las tinieblas, eterno y astuto enemigo del hombre? ¿dónde aquella mística peña de Oreb y de Rafidim, en cuyas hendiduras anidaban las palomas de la Siria, y se refugiaban las gacelas de Hermón, y los cervatillos de las montañas de Bether ó de los aromas? ¿dónde ese Augusto Sacramento, en fin, ciudad de refugio para justos, penitentes y pecadores?

Porque, no lo dudéis, mis hermanos: el mismo mundo corrompido, la misma sociedad degradada de nuestra época, confiesa, las más veces, con su conducta práctica, que lo que ella apellida el honor, y yo me contento, y creo más seguro llamar honradez: que el testimonio recto de la conciencia, que invoca á todas horas, en vano, porque no quiere reconocer su regulador y principio: que la verdadera, sencilla, y sincera virtud, la moral genuina en fin, á la que á todas horas canta entusiasmo admiradores idilios, sólo reside en el campo cerrado y fuente sellada de la Iglesia Católica, fecundada por las corrientes de ese Paraíso nuevo, constituido en la tierra hasta la consumación de los siglos: vedle buscar, en los negocios arduos y espinosos de la vida, en el seno del hogar doméstico, hasta en las especulaciones de su interés, y en la satisfacción legítima de sus pasiones, vedle buscar, repito, y preferir, por lo común, por más que en su calidad de sociedad *despreocupada y de espíritu fuerte*, se burla de la piedad y de la honradez, y de la virtud cristianas, esa misma piedad, honradez y virtud, como los emperadores que perseguían el nombre de Cristo, buscaban sus servidores entre los discípulos de la que llamaban por desprecio *infame secta*: llenando los cristianos, en consecuencia, todo; los palacios y las chozas, las calles y plazas, el ejército, el foro, según la bella expresión de Tertuliano, sin rebelarse contra sus tiranos, y obedeciendo sus ór-

denes, y protegiendo sus personas, mientras esa obediencia, y esa protección, no implicasen desobediencia á Dios y desamparo de sus leyes y de sus derechos.

No quiero hablar de conversiones: cada hombre es un misterio, y una lección de moral y una manifestación palpable de la lucha que señala la existencia del mortal, sobre la tierra: y en esa lucha, que tan acertadamente describía Job, y tan elocuentemente delineaba San Pablo, y tan sinceramente expresaba San Agustín; ¿quién, sino ese Sacramento Augusto, inspira y sostiene la moral pública y privada, espiritualizando al hombre, angelizando su carne, uniéndole, en fin, á su Dios, y haciéndole una misma cosa con Él, según la misma frase evangélica, para que viva su vida, y se abisme en su luz, y avive su fe, y su esperanza y su amor, en aquel Dios Sacramentado, del que ha sabido cantar la Iglesia en la recepción de este adorable Sacramento, que *es el recuerdo de su Pasión, que llena de gracia la mente, y se da en él el anillo y prenda de futura gloria?*

Concluyamos ya, hermanos míos: no solamente el mundo católico, sino que también el mundo incrédulo, el mundo de la ciencia y de las artes, de la ilustración y del progreso, tiene en la Santa Eucaristía luz y vida; luz y vida excelente y superior, á la que recibió en su creación material, en los primeros días ó épocas genesiacas: porque hay todavía tinieblas, y muchas, aun en el orden natural, en esos llamados focos de civilización, y de cultura, y de adelantos: porque hay abismos, y no pocos por cierto, en todos los órdenes, y en todos los terrenos, que pretende invadir la sabiduría y la soberbia de nuestro siglo; y abismos sin fondo, y caos, y oscuridad completa en la moral, sobre todo: pero el Espíritu de Dios, que en alas de su amor á la humanidad, es llevado aún sobre las aguas que ocupan ese abismo, y sobre esa tierra infecunda, desnuda y vacía, reproduce sin cesar los prodigios de la creación, y renueva, para usar más bien la frase del Libro de Dios, la haz de esa misma tierra, por entero, como acabáis de ver, derramando

torrentes de luz, de animación, de belleza, y de vida sobre esa predilecta y primitiva obra de sus manos, el hombre, por medio de la Santa y adorable Eucaristía, *Misterio-Luz*, que completa y afirma el dogma, y convence á la incredulidad en el hecho consumado, aun en el orden de la naturaleza: *Sacrificio-Luz* que ennoblece y perfecciona el culto, como base íntima de toda sociedad organizada: *Sacramento-Luz* que inspira y sostiene la moral, vida indispensable al mundo civilizado.

Mi Dios, queremos ver y vivir: pero ver con la luz de vuestra gracia, y vivir con la vida de vuestro amor; derramad ambas á torrentes, desde ese trono inefable de la una como del otro, para que viendo y viviendo en Vos, en esa Hostia consagrada, que presta luz y vida á la nueva creación iniciada por ella, merezcamos la vida eterna y la luz que jamás se apaga, en la Gloria.

CROQUIS, PLAN Ó MODELO SINTETIZADO DE ESTE DISCURSO.

(Puede servir también para un Triduo.)

Proposición. La Santa Eucaristía, Luz Misterio, Luz Sacrificio y Luz Sacramento; porque como *Misterio* afirma y completa el dogma.—Como *Sacrificio* ennoblece y perfecciona el culto. Como *Sacramento*, inspira y sostiene la moral.

Exordio. Los dos principios.—El del Génesis y el del Evangelio de San Juan.—Las dos creaciones comparadas; ó sea la primitiva, material, y la espiritual por medio del Verbo.—La Santa Eucaristía, Encarnación continuada y realizada en cada hombre.—La Santa Eucaristía, luz y vida del mundo, católico y descreído.

1.^a parte. La Santa Eucaristía, Luz Misterio.—Las tres bases de la creencia católica.—El Libro.—La Institución.—El Hecho.—El Libro no basta, tanto porque no contiene toda la suma de fe, como porque se necesita un sello y garantía de su autenticidad y sentido, que es la Institución ó sea la Iglesia, intérprete de la Santa Eucaristía y depositaria de la Tradición, su complemento.—El Hecho, es la Santa Eucaristía.—Hecho consumado, y que sigue consumándose—y no sólo en el orden sobrenatural, sino en el natural.—Santas Formas *incompactas*.—Prodigios que no explica la ciencia.—Es, pues, luz que completa y afirma el dogma para el mundo.

2.^a parte. *El Sacrificio*, ennoblecido y perfeccionado en el culto católico por la Eucaristía.—Necesidad del Sacrificio y de la religión positiva, para formación y subsistencia de la sociedad.—Preterición de los sacrificios gentílicos y aun de los de la ley natural y mosaica.—La unidad, base íntima de las sociedades, realizada por el sacrificio Eucarístico.—El culto católico, prestando por él vida al mundo científico y artístico.

3.^a parte. *El Sacramento*, sosteniendo é inspirando la moral.—La unidad.—La paz.—El idioma universal.—*El protestantismo y las sectas*.—La moral, llamada universal.—Causas de la inmoralidad social.—El mismo mundo lo confiesa, y la busca en la moral cristiana y en la Eucaristía.—Preterición breve sobre las conversiones operadas por el Sacramento.—Recopilación de la triple división del plan.—Súplica.

SERMON

DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS.

Et vocabis nomen ejus JESUM; ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.

Y llamarás su nombre Jesús; porque Él salvará á su pueblo de los pecados de ellos.

(Matth. I-21.)

Cada uno de los cuatro sagrados escritores de la narración evangélica tiene un carácter diferente, que comienza á señalar desde el principio de su respectivo libro: simbolizados los cuatro evangelistas en aquellas otras tantas misteriosas visiones que contemplara Ezequiel en las riberas del Chobar, en la tierra de los Caldeos, la faz del hombre corresponde á San Mateo, que trata en su escrito de la sagrada humanidad del Salvador; como la del león á San Marcos, que comienza el suyo con la predicación y penitencia del precursor en los desiertos; la del becerro á San Lucas, que considera á Jesucristo Sacerdote, y la del águila á San Juan, que, remontando el vuelo como la reina de las aves, contempla la divinidad del Redentor en su más alto y elevado origen.

Por eso San Mateo, al comenzar estableciendo la genealogía del esperado de las gentes y sobre todo del pueblo de Dios, parte inmediatamente desde Abraham en la Ley natural, y avanzando rápido y conciso, sin fijarse más que en la familia que debía producir á David, atraviesa en la escrita la época